

que castran los corazones, dificultan un poco la existencia de señoritas de Lespinase, si acertaran á nacer; y en cuanto á una Carolina Lamb, no la tuvo Brummell porque las mujeres son más sensibles á la traición que á la indiferencia. Sólo una, que nosotros sepamos, se arriesgó á pronunciar frases de esas que ocultan la pasión y la descubren, y es la cortesana Enriqueta Wilson. Cosa natural: ambicionaba, no el corazón de Brummell, sino su gloria. Las cualidades á que el dandí debía su poder eran de las que hubiesen hecho la fortuna de la cortesana. Esto aparte de que las mujeres—sin ser Enriquetas de Wilson—se las entienden tan á maravilla en todo lo que sea hacer reservas en favor de su sexo! Tienen el genio de las matemáticas, como los hombres, y todos los genios; y no perdonan á Sheridan, á pesar del suyo, la impertinencia de haber hecho esculpir su mano como la más bella de Inglaterra.



Aunque Alcibiades haya sido el más hermoso de los buenos Generales, Jorge Bryan Brummell no tenía espíritu militar. No estuvo mucho tiempo en el 10.º de húsares. Quizá ingresó en él con un objeto más serio de lo que ha solido creerse—para acercarse al príncipe de Gales y anudar las relaciones que hicieron de él inmediatamente un hombre de viso.—Se ha dicho con harta ligereza que el uniforme debió ejercer una fascinación irresistible sobre Brummell. Era explicar el dandí con sensaciones de subteniente. Un dandí que todo lo marca con su sello, que no existe sin *cierta origi-*

nalidad exquisita (lord Byron) (1), ha de odiar por fuerza el uniforme. Bien es verdad que, aun tratándose de cosas más serias que esta cuestión del traje, la indole de las facultades de Brummell lo condena á ser mal juzgado, una vez muerta su influencia. Mientras vivió, la sufrían los más realcitrantes; pero ahora, y con los prejuicios corrientes, es una psicología difícilísima el análisis de tal personalidad. Las mujeres no le perdonarán nunca haber tenido gracia, como ellas, ni los hombres el no tenerla, como él.

(1) Sólo un inglés puede emplear esa expresión. En Francia no tiene altares la originalidad; se le niega el agua y el fuego; se la odia como una distinción nobiliaria. Subleva á las gentes mediocres, que siempre tienen preparada, como los que son *de otra manera que ellas*, una de esas mordeduras de encías que no desgarran, pero ensucian. Ser como todo el mundo es para los hombres el principio equivalente á ese otro de las *Bodas de Figaro* que se inculca en las cabezas de los jóvenes: *es menester que te hagas considerar*.—(Nota del A.)

Lo hemos dicho más arriba, pero no nos cansaremos de repetirlo: lo que crea al dandí es la independencia. De otro modo, habría una legislación del dandismo, y no la hay (1). Todo dandí es osado, pero un osado con tacto, que se detiene á tiempo, y que entre la originalidad y la excentricidad encuentra siempre el famoso punto de intersección de Pascal. He ahí por qué no pudo doblegarse Brummell á las exigencias del Código de la milicia, que es un uniforme también. Bajo este punto de vista, fué un oficial detestable. Mr. Jesse, ese admirable cronista que no quiere hacer gracia de nada, refiere varias anécdotas sobre la indisciplina de su héroe. Rompe las

(1) Si la hubiese, se podría ser dandí ajustándose á la ley. Sería dandí el que quisiera; todo se reduciría á seguir una prescripción. Por desgracia, para los pollastros, no es así. Hay, sin duda, en materia de dandismo, algunos principios y algunas tradiciones; pero sobre todo eso se levanta el capricho, y el capricho no es lícito sino á aquellos á quienes cuadra y que saben consagrarlo prácticamente.—(N. del A.)

filas en las maniobras y falta á las órdenes de su coronel; pero el coronel está subyugado por su hechizo, y no hay miedo de que se encolerice. Brummell asciende á capitán en tres años. De repente recibe su regimiento la orden de ir de guarnición á Manchester, y eso basta para que el capitán más joven del más magnífico regimiento del ejército abandone el servicio. Dijo al príncipe de Gales que no quería alejarse de él—explicación más lisonjera que hablar de Londres, que era lo que realmente le atraía.—Allí había nacido su gloria; era autóctono de los salones donde la riqueza, el ocio y el último grado de civilización producen esas afectaciones encantadoras que han reemplazado á la naturalidad. ¡Caer en Manchester, ciudad manufacturera, la perla del dandismo, era cosa tan monstruosa como ver á un Rivarol en Hamburgo!

Salvó el porvenir de su renombre: se quedó en Londres. Tomó habitación en Chesterfield-Street, número 4, frente á Jorge Selwyn—uno de esos astros de la moda á los cuales había

hecho palidecer.—Su fortuna material aunque bastante considerable, no estaba al nivel de su posición. Muchos hijos de lores y de nababs ostentaban un lujo que hubiese eclipsado al suyo, si lo que no piensa pudiese eclipsar á lo que piensa. El hijo de Brummell era más inteligente que brillante, era una nueva prueba de la superioridad de ese espíritu que dejaba el escarlata para los salvajes, y que más tarde inventó este gran axioma: «Para ir bien puesto no hay que llamar la atención.» Bryan Brummell tuvo caballos de mano, un excelente cocinero y un *home* como el de una mujer poética. Daba comidas deliciosas en que los convidados eran tan selectos como los vinos. Le gustaba beber hasta embriagarse, como á los hombres de su país, y, sobre todo, de su época (1). Linfá

(1) Todos bebían, desde los más ocupados hasta los más ociosos, desde los *lazzaroni* de salón, los dandies, hasta los ministros de Estado. Beber como Pitt y Dunnas ha pasado á ser un proverbio. Cuando bebía Pitt,

tico y nervioso, devorado por el tedio de esa existencia ociosa á la inglesa, de que no se libra más que á medias el dandismo, buscaba las emociones de la nueva vida que se encuentra en el fondo de los brebajes, vida que palpita más enérgicamente, que vibra y deslumbra. Pero aun entonces, como un pie en el vertiginoso abismo de la embriaguez, permanecía dueño de sus bromas y de su elegancia, como Sheridan, de quien se habla siempre, porque que sin cesar se le ve en la sumidad de todas las superioridades.

Por eso subyugaba. Los predicadores metodistas (é Inglaterra es el país de ellos), todos los miopes que se han atrevido á lanzar apreciaciones sobre Brummell, lo han pintado con falsedad notoria como una especie de figurín sin cabeza y sin entrañas, y para

aquella gran alma, llena de amor de Inglaterra, pero no saciada por él, bebía sedienta de variedad. Los hombres fuertes tratan á menudo de aturdirse; pero ¡ay! la Naturaleza no siempre se presta á que deseos.--(N. del A.)

rebajar aún más al hombre, han rebajado la época en que vivió, tildándola de loca. ¡Empeño y trabajo inútil. Ya pueden asestar tajos y mandobles sobre ese tiempo glorioso para la Gran Bretaña, como se golpeaba en Florencia la bola de oro donde estaba contenida el agua que se quería comprimir; como aquí el elemento rebelde atravesó las paredes antes que ceder, allí no se conseguirá que la sociedad inglesa de 1794 á 1816 descienda hasta quedar reducida á una mera sociedad decadente. Hay siglos que resisten á cuanto se diga de ellos para denigrarlos. La gran época de los Pitt, de los Fox, de los Windham, de los Byron, de los Walter Scott ¿habría de empequeñecerse de repente, sólo porque estuvo llena del nombre de Brummell? Pues, si tal pretensión es absurda, eso significa que Brummell poseía algo digno de atraer y de cautivar las miradas de una gran época, miradas que no se cautivan, como los pajarillos con el espejuelo, por el simple señuelo de graciosos ó espléndidos trajes. Brummell, aunque

apasionado de ellos, concedía, sin embargo, mucha menos importancia de la que se ha creído á ese arte del aderezo personal practicado por el gran Chatham (1). Sus sastres Davidson y Meyer, á quienes se ha querido convertir, con toda la sandez de la insolencia, en padres de su fama, no ocuparon en su vida el puesto que se les atribuye. No hay sino escuchar á Lister, que pinta con fidelidad: «Repugnábale pensar que sus sastres entrasen por nada en su renombre, y no confiaba más que en el atractivo exquisito de la fina y noble desenvoltura que poseía en grado superlativo.» Claro es que al principio, con sus tendencias á la exterioridad, y en el momento en que el democrático Carlos Fox introducía el tacón rojo en los salones de Inglaterra, Brummell debió preocuparse de la forma bajo todos sus aspectos. No ignoraba que el traje tiene un influjo latente, pero positivo, sobre

(1) El único hombre histórico que ha sido grande sin ser sencillo.—(N. del A.)

los hombres que más lo desdeñan desde las majestuosas alturas de sus espíritus inmortales. Pero poco á poco se desprendió, según dice Lister, de esa preocupación de joven, hasta allí donde era conforme con la observación y la experiencia. Siguió vistiendo de una manera intachable, pero gastó prendas de colores apagados, simplificó su corte y las llevó sin pensar en ellas (1). Por tal camino llegó á esa perfección en que el arte se da la mano con la naturaleza. Eso sí, sus medios de producir efecto eran del más noble linaje, y es lo que ha solido olvidarse demasiado, al considerarlo como un ser puramente físico, cuando antes bien era intelectual hasta en su género de belleza, porque brillaba mucho más por la fisonomía que por la corrección de las facciones. Tenía

(1) ¡Cómo si fuesen imponderables! Un dandi puede gastar, si quiere, diez horas en su arreglo, pero, una vez terminado, lo olvida. Los que han de advertir que va bien puesto son los demás.—(N. del A.)

el pelo casi rojo como Alfieri, y una caída del caballo en una carga había alterado el corte griego de su perfil. El carácter de la cabeza poseía más belleza que la cara, y su continente—la fisonomía del cuerpo—sobrepujaba á la misma perfección de sus formas. Escuchemos á Lister: «No era guapo ni feo; pero había en toda su persona una expresión de finura y de ironía concentrada, y una penetración increíble en sus ojos.» A veces esos ojos sagaces sabían helarse de indiferencia sin menosprecio, como cuadra á un dandí consumado, á un hombre que tesora dentro de sí algo superior al mundo visible. Su magnífica voz hacia que la lengua inglesa pareciese tan bella al oído como lo es á los ojos y al pensamiento. «No afectaba ser corto de vista—sigue diciendo Lister;—pero cuando las personas que había delante de él no tenían la importancia que hubiese deseado su vanidad, sabía encontrar esa mirada tranquila, pero errante, que pasa por una persona sin reconocerla, que no se fija ni se deja atraer, que nada ocupa ni desvía.» Tal

era el bello Jorge Bryan Brummell. Nosotros, que escribimos estas páginas, le vimos en su vejez, y descubrimos lo que había sido en sus años más brillantes; porque la expresión no está á merced de las arrugas, y un hombre, notable ante todo por la fisonomía, es mucho menos mortal que cualquiera otro.

Añadamos que lo que esa fisonomía prometía lo cumplía con creces el espíritu. No en balde se agitaba el rayo divino alrededor de su envoltura. ¿Y sería justo negarle inteligencia, porque su inteligencia, de una especie infinitamente rara, se consagrara poco á las cosas que dominan la de otros hombres? Era un gran artista á su modo, sólo que su arte no era especial; no lo practicaba en momentos dados. Ese arte era su vida misma, el fulgor eterno de facultades que no reposan en el hombre, creado para vivir con sus semejantes. Agradaba con su persona, como otros con sus obras. Su valía estaba en el campo de acción. ¡Cosa difícil! Sacaba de su tor-

peza (1) á una sociedad terriblemente extragada, culta, presa de todas las fatigas de las civilizaciones viejas, y eso sin sacrificar un ápice de su dignidad personal. Se respetaba hasta sus caprichos. Ni Etherege, ni Cibber, ni Congrève, ni Vanburgh, podían introducir tal personaje en sus comedias, porque nunca le alcanzaban los dardos del ridículo. Si no los hubiese esquivado á fuerza de tacto y desafiado á fuerza de aplomo, se hubiese precavido contra ellos á fuerza de ingenio, escudo que tenía un dardo en su centro y convertía la defensa en agresión. Ahora se comprenderá me-

(1) Sin salir de la suya. Hay, efectivamente, en la amabilidad algo demasiado activo y directo para que un dandi sea perfectamente amable. Un dandi no tiene nunca preocupación ni ansiedad por nada. Si hay, pues, quien se ha aventurado á decir que Brummell fué amable ciertas noches, es porque la coquetería de los hombres de valer puede ser mediana y parecer irresistible. Son como las mujeres bonitas, á quienes se lo agradecemos todo (los hombres, por supuesto).—(N. DEL A.)

por quizá al hombre. Los más refractarios para apreciar la gracia insinuante, estiman la fuerza que impone, y cuando se sepa, que no se sabe lo suficiente, la fuerza satírica que poseía Brummell, parecerá menos fabuloso é inexplicable el imperio que ejerció sobre su época. La ironía es un genio que dispensa de todos los demás: comunica al hombre un aspecto de esfinge que preocupa como un misterio é inquieta como un peligro (1). Ahora bien: Brummell lo poseía y sabía emplearlo de modo que helaba todos los amores propios, aun halagándolos, y redoblaba el interés de una conversación superior provocando el miedo de las vanidades, el cual, si no da ingenio, estimula el de los que lo tienen, y hace circular más

(2) «Es usted un palacio en un laberinto», escribía una mujer, impacientada á consecuencia de mirar sin ver y de buscar sin descubrir. No sabía ella que expresaba un principio de dandismo. *Palacio* no lo es ciertamente el que quiere, pero siempre puede ser uno *laberinto*.—(N. del A.)

deprisa la sangre de los que no lo tienen. El genio de la ironía es el que hizo de él el mayor burlón que hubo jamás en Inglaterra. «No había--dice el autor de *Branby*-- exhibidor de animales más hábil en poner de manifiesto la destreza de un mono que él en descubrir el lado ridículo, más ó menos profundamente oculto, de todo hombre; no tenía igual su talento para trastear á la víctima y obligarla á ella misma á exponer sus ridiculeces bajo el mejor aspecto posible. Gusto un poco feroz, si se quiere; pero el dandismo es fruto de una sociedad que se aburre, y el aburrimiento no cria buena sangre.

He ahí lo que importa no perder de vista cuando se juzga á Brummell. Ante todo era un dandí, y no se trata más que de su poder. ¡Singular tiranía que no sublevaba! Como todos los dandíes, se gozaba más en asombrar que en agradar: preferencia muy humana, pero que lleva lejos á los hombres, porque el más bello de los asombros es el espanto. ¿Dón de detenerse en esa pendiente? Sólo Brummell lo sabía.

Derramaba en dosis perfectamente iguales, la simpatía y el terror, y con ellas componía el filtro mágico de su influencia. Su indolencia le vedaba el entusiasmo, porque entusiasmarse es apasionarse, apasionarse es rendirse á alguna cosa, y rendirse á alguna cosa es mostrarse inferior; pero, en cuanto á sangre fría, no tenía rival. Era tan mordaz en la conversación como Hazlitt en sus escritos. Sus palabras crucificaban (1); sólo que su impertinencia, revistiendo demasiadas proporciones para condensarse y enerrarse dentro de los límites del epígrama, trascendía de las frases, que

(1) No las lanzaba, sino que las dejaba caer. El gracejo de los dandíes, jamás es retozón ni chispeante. No tiene esos movimientos de azogue y de llama del de un Casanova, por ejemplo, ó de un Beaumarchais, pues si por acaso se le ocurriesen las mismas palabras, las pronunciaría de otro modo. Aunque los dandíes representen el capricho en una sociedad metódica y simétrica, no dejan de respirar el afrentoso contagio del purita-

la expresaban, á los actos, á los ademanes y al sonido de su voz; era, en suma, un arte vivo que Brummell practicaba con la superioridad indiscutible que exige, entre personas distinguidas, para ser tolerado, por lo mismo que está á dos pasos de la grosería como lo sublime de lo ridículo, y, no bien sube de color, se degrada y desvanece. Genio semi-velado siempre, la impertinencia no ha menester, para exteriorizarse, del auxilio de palabras; sin hacer gran hincapié, tiene una fuerza de penetración harto superior al más brillante epigrama.

Cuando existe, es el arma que mejor puede imponer respeto á la vani-

nismo, por bien organizados que estén. Viven en esa torre de la Peste, y semejante habitación es malsana. Por eso hablan tanto de dignidad. Creerían probablemente carecer de ella, si se entregasen al frenesí de las ingeniosidades. Se hallan constantemente en las alturas de la dignidad como en el remate de una estaca, lo cual, por flexible que uno sea, embaraza un poco para moverse, y obliga á estar demasiado tieso.—(N. del A.)

dad de los demás, tan hórtil frecuentemente; es asimismo el velo más elegante para ocultar las propias flaquezas. ¿Qué otra cosa necesitan los que la tienen? ¿No ha hecho ella por la reputación del talento del príncipe de Talleyrand más que ese mismo talento? Hija de la Ligereza y del Aplomo—cualidades que parecen excluirse—es también hermana de la Gracia, á la cual debe ir unida. Las dos se embellecen por su mútuo contraste: porque la Gracia, sin la Impertinencia, ¿no se parecería á una rubia demasiado sosa? y la Impertinencia, sin la Gracia, ¿no sería una morena demasiado provocativa? Para que ambas ganen, conviene entremezclarlas.

Y he aquí lo que Jorge Bryan Brummell conseguía como nadie. Ese hombre, tan superficialmente juzgado, fué una verdadera potencia intelectual: como que reinó por su porte y sus maneras más aún que por sus palabras. Su acción era más directa que la que ejerce exclusivamente el lenguaje. La producía merced á la entonación, la mirada, el ademán, la inten-

ción transparente, el silencio mismo (1); y eso puede explicar las pocas palabras que ha dejado. Hay que advertir, por otra parte, que esas palabras, á juzgar por las que registran las Memorias del tiempo, no tienen sabor para nosotros ó lo tienen excesivo, que es otra manera de no tenerlo. Se nota en ellas la ruda influencia del genio salobre de ese pueblo que riñe á puñetazos y se emborracha, y que no estima groseras, cosas que dejarían

(1) Cultivaba demasiado la conversación para no estar frecuentemente silencioso; pero ese silencio no tenía la profundidad del que guardaba el que ha escrito: «Me miraban para saber si comprendía sus ideas y sus juicios sobre no sé qué. Pero probablemente me tomaban por una medianía de salón, y á mí me divertía mucho la opinión presumible que formaban de mí persona. He pensado en los reves que gustan de guardar el incógnito.» Esta solitaria y orgullosa conciencia de sí mismo debe ser desconocida de los dandíes. El silencio de Brummell era un medio más de producir efecto, la coquetería de esos seres seguros de agradar, y que saben por dónde se enciende el deseo.—(N. del A.)

de ser delicadas para nosotros. Méditese esto. Lo que se llama *donaire* en los productos del pensamiento, como cosa íntimamente relacionada con la lengua, con las costumbres, con la vida social, con las circunstancias que más varían de pueblo á pueblo, debe morir, como en extraño ambiente, en el destierro de una traducción. Las mismas expresiones que lo designan son intraducibles con propiedad en la profundidad de su sentido. Pruébese, sino, á encontrar correlativos al *wit*, al *humour* y al *fun*, que constituyen la *vis* inglesa bajo su triple aspecto original. Mudable, como todo lo individual, el *donaire* no se translada de una á otra lengua, á la manera que no se translada la poesía, á pesar de inspirarse en sentimientos generosos. Como ciertos vinos que no pueden viajar, hay que saborearlo en su tierra. Tampoco puede envejecer; es de la condición de las rosas más bellas, que pasan pronto; y quizá en eso reside el secreto del placer que proporciona. Dios ha reemplazado á menudo la duración por la intensidad

de la vida, á fin de que no se perdiese en nuestros corazones el generoso amor á las cosas perecederas.

No se citarán, pues, las rasas de Brummell, ni justificarán su renombre, á pesar de que se le dieron, porque las circunstancias de donde surgían, y que, por decirlo así, las cargaban de electricidad, ya no existen. No removamos ni contemos, pues, esos granos de arena, antiguas chispas que el tiempo dispersó después de apagarlas. Gracias á la diversidad de las vocaciones, hay glorias que no son más que ruidos en medio de un silencio, y que deben alimentar para siempre las divagaciones soñadoras desesperando á la razón.

Mas ¿cómo no maravillarse de que cayese esa oleada de gloria sobre un hombre tan positivo como Brummell, que lo era tres veces, puesto que era vanidoso, inglés y dandi? A imagen de todas las gentes positivas, que no viven lejos de sí propias, y que no tienen fe ni voluntad más que para los goces materiales, Brummell no deseó nunca sino esos goces, y los tuvo á

discreción. Fué pagado por el destino en la moneda que más estimaba. La sociedad le brindó los deleites de que dispone, y no los había mayores para él (1); porque no pensaba, á ejemplo de Byron, tan pronto renegado como relapso del dandismo, que el mundo no vale una sola de las alegrías que nos quita. El mundo no le había quitado ninguna á aquella vanidad eternamente embriagada.

(1) Los moralistas preguntarán arrogamente: ¿Y fué feliz sin más que esa felicidad del mundo que inspira compasión? ¿Y por qué no?... La vanidad satisfecha puede bastar á la vida lo mismo que el amor satisfecho. Pero ¡el hastío! . ¡Ay, Dios mío! Esa es la paja en que se quiebra el acero mejor templado en punto á felicidad. Es el fondo de todo, y para todos; con mayor razón para un alma de dandi, para uno de esos hombres de quienes se ha dicho muy ingeniosa, pero también muy tristemente: «Reunen en torno suyo todos los atractivos de la vida, pero al modo de una piedra que atrae el musgo sin dejarse penetrar por la frescura que lo envuelve.»—
(N. del A.)

Desde 1799 á 1814 no hubo en Londres *raout* (1) ni fiesta donde se mirase como un triunfo la presencia del gran dandí, y su ausencia como una catástrofe. Los periódicos inscribían su nombre á la cabeza de los más ilustres invitados. En los bailes de Almack, en los *meetings* de Ascott, todo se doblegaba á su dictadura. Fué jefe del club Watier, de que era miembro lord Byron, juntamente con lord Alvanley, Mildmay y Pierrepont. Era el alma (¿es alma lo que hay que decir?) del famoso pabellón de Brighton, de Carlton-House, de Belvoir. Unido más particularmente con Sheridan, la duquesa de York, Erskine, lord Townshend y aquella apasionada y singular duquesa de Devonshire, poetisa en tres lenguas, y que besaba á los carniceros de Londres con sus labios patricios para ganar votos á Mr. Fox, imponíase aun á los mismos que podían juzgarlo, á los que hubieran podido encontrar el vacío dentro

(1) Reunión.

del hermoso busto, si no hubiese sido realmente más que el favorito del azar. Se ha dicho que madame de Stael casi llegó á afligirse por no haberle agrado. La omnipotente coquetería de su talento fué constantemente rechazada por el alma fría y la burla eterna del dandí que tenía buenas razones para reirse del entusiasmo. Corina no conmovió á Brummell, como tampoco á Bonaparte; coincidencia que recuerda la frase ya citada de lord Byron. En fin, éxito más original aún: otra mujer, lady Stanhope, la amazona árabe que huyó á galope de la civilización europea y de las rutinas inglesas—ese viejo circo en que la gente da vueltas sin cesar—para reanimar sus sensaciones en medio de los peligros y de la independencia del desierto; esa mujer, al cabo de muchos años de ausencia, no se acordaba, de entre todos los seres civilizados que dejaba tras de sí, sino del más civilizado que quizás, del dandí Jorge Brummell.

Confesémoslo: cuando se reflexiona en esas impresiones vivas é imborra-

bles, experimentadas por las eminencias de una época, no hay más remedio que tratar al que las produjo, así fuese un fatuo, con la seriedad que merece todo lo que triunfa de las imaginaciones de los hombres. Los poetas, por la sola razón de reflejar su tiempo, se han impregnado de Brummell. Moore lo ha cantado; pero ¿quién dice Moore? (1) Brummell fué, acaso, una de las musas de *Don Juan*, invisible para el poeta. Por lo menos, ese extraño poema tiene un tono esencialmente dandí desde el principio hasta la conclusión, é ilustra de una manera extraordinaria la idea que podemos formarnos de las cualidades y de la índole del espíritu de Brummell. A esas cualidades extinguidas debió el subir y mantenerse sobre el horizonte, de donde no bajó, sino que cayó, llevándose consigo una cosa que después no ha reaparecido más que

(1) Dejando aparte el sentimiento irlandés, no era sino un poeta de pastiflora.—(N. del A.)

degradada. El dandismo (1) ha sido reemplazado en nuestros días por el

(1) Ha habido un D'Orsay. Pero D'Orsay, *león* en el sentido de la *fashion*, y que no dejaba de tener la belleza de los del Atlas, no era un dandí. La gente se ha engañado á propósito de él. Era una naturaleza infinitamente más compleja, más amplia y más humana que esa singularidad inglesa. Se ha dicho mucho, pero hay que insistir en ello sin cesar; la linfa, esa especie de agua muerta que no levanta espumas más que cuando la fustiga la vanidad, es la base fisiológica del dandí, y D'Orsay tenía la sangre roja de Francia. Era un hombre nervioso, sanguíneo, de recios hombros, de pecho á lo Francisco I y de belleza simpática. Tenía una mano soberbia y una manera de alargarla que cautivaba y arrebatava los corazones. No era el *shake-hand* altanero del dandismo. D'Orsay agradaba tan natural y apasionadamente á *todo el mundo*, que hasta hombres llevaban su retrato! mientras que los dandies no hacen llevar á los hombres sino lo que saben, y *agradan á las mujeres incurriendo en su desagrado*. (Jamás se olvide, al juzgarlos, este matiz.) D'Orsay, en fin, era un rey lleno de

turf embrutecedor. Ahora, en la *high life* no hay ya más que jockeys y azu-

benevolencia, y la benevolencia es un sentimiento enteramente desconocido de los dandíes. Verdad es que tenía, como ellos, el arte del aderezo personal, no brillante, sino profundo; y por eso, sin duda, lo han mirado los superficiales como el sucesor de Brummell: pero el dandismo no es el arte brutal de ponerse una corbata. Dandíes ha habido que ni siquiera la han llevado nunca. Ejemplo: lord Byron, que tenía un cuello tan hermoso. A mayor abundamiento, D'Orsay fué un artista. Con aquella mano *que daba demasiado*—porque la coquetería reina mucho más por lo que rehusa que por lo que concede—esculpía, y no á la manera que Brummell pintaba sus abanicos para caras postizas y cabezas huecas. Los mármoles que ha dejado D'Orsay tienen pensamiento. Añádase á este talento de escultor que estuvo á punto de ser escritor, y que á los veintitres años mereció aquella carta de Byron á Alfredo D... incluida en esas famosas Memorias en que la vileza de Moore ha reemplazado los nombres por asteriscos y las anécdotas curiosas por puntos... (Buena persona el tal Moore!) Aunque fatuo, D'Orsay fué amado

zadores de perros, y estos tales son los que gozan de la notoriedad.

por las mujeres más *fatuas* de su tiempo. No se habla de las naturales: nunca hay más de dos ó tres en un siglo; ¿á qué hablar de ellas? Hasta llegó á inspirar una pasión duradera, y que será siempre histórica. No sucede lo mismo con los dandíes, á quienes na se ama sino por *espasmos*. Las mujeres, que los detestan, no dejan de rendirseles de todos modos, y para ellos vale por muchas libras esterlinas estrechar odios en sus brazos... En cuanto al duelo delicioso en que vemos á D'Orsay tirando su plato á la cabeza de un oficial que hablaba mal de la Virgen, y batiéndose por ella, porque era una mujer, y no quería que se faltase al respeto á una mujer en su presencia, ¿hay nada menos dandí y más francés?—(N. del A.)